

## UNA SONRISA CONTINUA

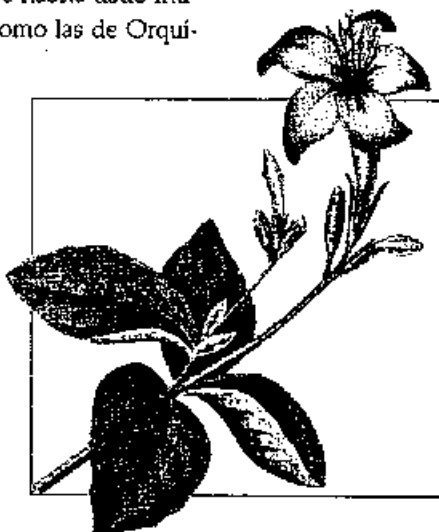
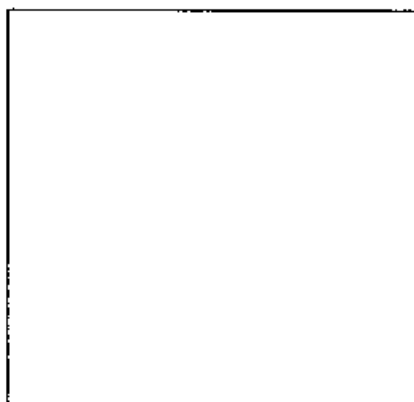
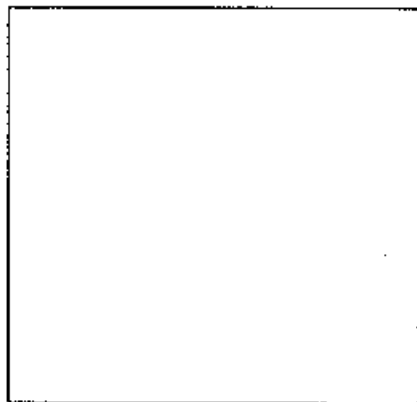
Jorge López-Medel

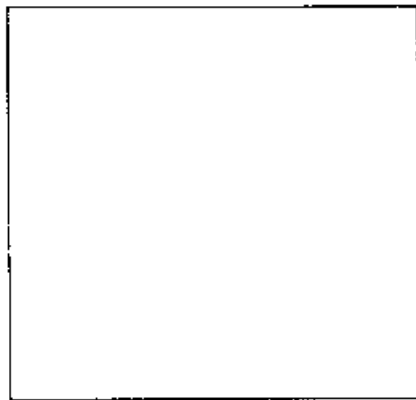
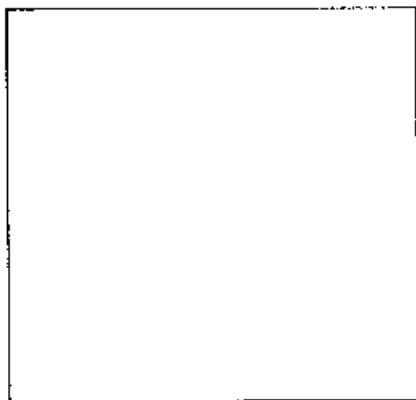
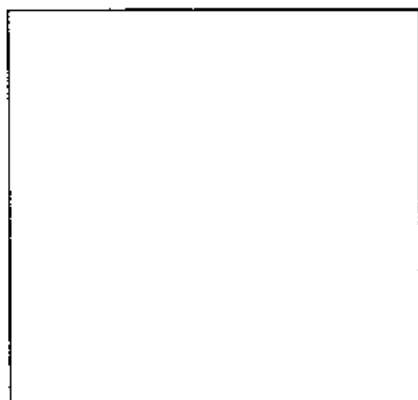
Hortensia de la Colina le comentaba a doña Rosa lo entusiasmada que había estado en la otra ocasión en que se había presentado *La Tía de Miami* y que por angas o mangas no había podido presenciar. Pero qué bueno que había conseguido con quien asistir esta vez porque a la mejor era la última oportunidad que tendría de verla. Orquídea del Valle, nuestra eximia estrella, tal vez ya no tendría la energía para presentarla en otros diez años. "¡Qué Barbaridad!", le decía a doña Rosa, "si dicen que se ve mejor que cuando tenía treinta años." "Bueno", le contestó doña Rosa, "Orquídea nunca fue lo que se dice una belleza, pero tengo que aceptar que se ha conservado mejor que muchas de las que deveras eran bonitas y que ahora, con sólo unos años más, ya sólo podrían hacer papeles de brujas."

"Tercera llamada, tercera llamada." Ambas cayeron en el más absoluto silencio. Un grupo de bailarinas con trajes muy tipo comedia americana

-pantalones cortos, medias de malía, y chaquetas con colas de esmoquin en lentejuela roja- salieron a bailar blandiendo bastones y sombreros de copa. No todas tenían la misma estatura y aunque bailaban con mucha sincronía, los cuerpos eran de proporciones diferentes. Todas las cabezas eran más o menos del mismo tamaño, con pelo rubio y peinados similares, pero las mujeres de tipo nórdico europeo ya se veían medio viejonas y las más jovencitas eran morenas, bajas de estatura, con talles largos, caderas anchas, piernas cortas y tobillos delgaditos.

Hortensia en su interior pensaba, ya que nunca se atrevería a comentárselo a doña Rosa, que qué chistosos son los cambios de la vida. Ella alguna vez pensó que le hubiera gustado dedicarse a la farándula. Tenía una belleza un tanto "exótica" -por sus pómulos salientes-, pero no mucho, que con maquillaje le habría dado muchas posibilidades versátiles como las de Orquí-



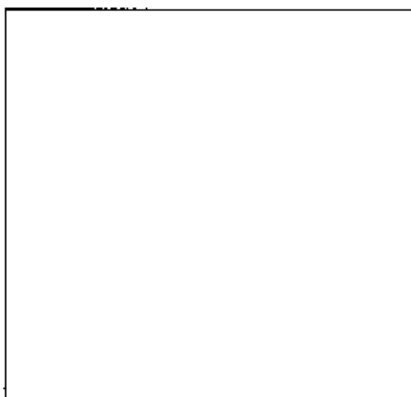
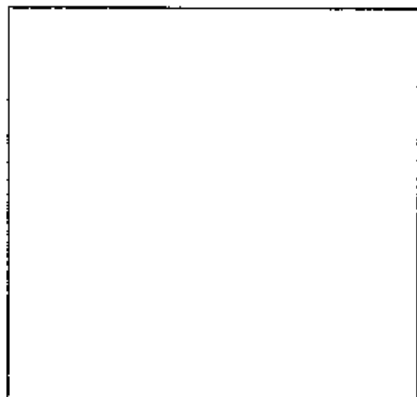


dea, que la había podido hacer desde señorita de sociedad hasta de soldadera o criada. Ahora, sentía un poco de pena por esas muchachas: en proporción inversa, las que tenían menos años, debían tener más sueños... y los papelitos que se decía que tenían que hacer. ¡No! , ella había hecho bien con dedicarse a un trabajo decente donde había podido conservar su dignidad - y su virginidad -; y aunque nunca se había casado...

La música se detuvo de pronto. El silencio, esparcido por toda la sala, dió a ese momento casi la solemnidad de una misa. Todos sabían que era el momento de la entrada de Orquídea, pero no: entró un niño con un mensaje tonto y se lo dió al galán, ya bastante entrado en años, que se esforzaba por cantar. Orquídea apareció tan de repente que tanto Hortensia como doña Rosa hubieran podido jurar que había estado ahí todo el tiempo. Sentada arriba del piano, enseñando unas piernas magníficas, y abrazada por una boa de plumas rojas, interrumpió el diálogo con una canción muy rítmica. Los aplausos comenzaron y llegaron a ser tan fuertes que no dejaban escucharla. La orquesta tuvo que dejar de tocar. Orquídea envió besos a toda la concurrencia con ambas manos; y los aplausos se dejaron oír aún más fuertes. Doña Rosa, con una ligera sonrisa en los labios para disimular su envidia, pensaba: "Lo que hace un nombre, ganado a través del tiempo. No es tan bonita, ni tan buena actriz, cantante o bailarina, pero siempre supo con quien casarse. Esa mujer supo aprovechar todas las oportunidades que se le presentaron; y las otras, las buscó desesperada." Se veía bien; su voz, un poco cascada pero entonada, realmente mejor de lo que ella esperaba. No hubiera venido si Hortensia no hubiera in-

sistido tanto. Por otro lado, era bueno que saliera de vez en cuando. Sus dos hijos ni se acordaban de ella para invitarla a salir. Parecía que sólo la visitaban cuando querían que les cuidara los niños para poder salir ellos, al cine, al teatro o a una cena. Sus gatos sí debían estar extrañando. ¿Habría valido la pena dedicarse tanto a sus hijos? Esta mujer sólo había tenido uno al que no le había hecho mucho caso, y aunque muy guapo, decían que le había salido maricón, y no le había dado nietos. Orquídea actuaba como si todavía fuera una jovencita, se acababa de casar otra vez con un tipo mucho menor que ella pero que se veía mayor, o cuando menos de la misma edad. ¿Cuánto habría gastado en cirugías?, ¿Cuántas llevaría?

Durante el tercer acto, Orquídea estuvo fantástica tal como se la habían descrito a Hortensia y doña Rosa. No dejó de cantar, bailar y correr por el escenario, con una sonrisa constante en el rostro. Los bailarines la subían, la bajaban; la traían, la llevaban. "¡Que barbaridad!, pero si dicen que tiene más de cincuenta años", le dijo Hortensia a doña Rosa en voz muy baja. "Esa, tiene más de sesenta, yo le llevo bien su cuenta", respondió doña Rosa, en voz alta y como indignada, sin atreverse a confesar que ella creía que eran, más o menos, de la misma edad. "¡Shhhhh!", les ordenó alguien de los asientos de atrás. "Pos ésta," dijo doña Rosa, volteando violenta para ver quién se había atrevido a callarla. Nadie en los asientos de atrás parecía estarlas viendo. Hortensia la reconvino: "Por favor doña Rosa..." "Pues quién se creen estas tipas," dijo doña Rosa, "si no hablan es porque no han de tener ni con quién hablar o qué decir..." Hortensia prefirió ya no buscarle, doña Rosa tenía un carácter bastante



fuerte; hasta sus hijos que ya eran hombres hechos y derechos preferían quedarse callados cuando doña Rosa se molestaba.

El baile de Orquídea seguía y parecía interminable. Era realmente interminable. Su risa, ¡qué bárbara!, esa risa, no parecía perderla. Estaba bailando mejor que nunca, como si fuera una joven de veintitantos, ella que era bien sabido que no se cocía al primer hervor, y que tenía un hijo ya mayorcito que podría tener, a su vez, hijos de más de veinte. Aunque hubiera traído un escenógrafo, un coreógrafo y bailarines de Broadway, el espectáculo era realmente ella. "Se ha casado cuatro veces, hace lo que quiere y se ve fabulosa. Ha de haber tenido chorros de amantes y yo ni siquiera sé lo que es ver un hombre desnudo a mis treinta y nueve años," pensaba Hortensia.

Hortensia y doña Rosa salieron del teatro tratando de encontrar un taxi. Mientras esperaban, ambas estuvieron de acuerdo en que Orquídea había estado increíble. Esa mujer debía haber hecho pacto con el diablo. Las cirugías para verse joven eran una cosa, pero tener la energía para brincar por todo el escenario y durante todo ese tiempo sin perder el ánimo y esa sonrisa, ya eran otra cosa. ¿Cuánto les iría a cobrar el taxista?...

En su camerino, Orquídea recibía a Lilia de Jordán, en una entrevista especial para el programa que Lilia presenta por el Canal 7 los jueves a las 10:30 de la noche. "Dime, Orquídea, ¿cómo le haces?, has estado bailando por más de cuarenta y cinco minutos seguidos y te ves tan fresca como una lechuga." "Mucha disciplina, Lilia, yo soy una mujer muy disciplinada. Hago ejercicio a diario, no fumo, no tomo más que champán en Navidad

con mi esposo, mi hijo, y mis amigos más cercanos, y duermo nueve horas diarias: no como camitas mas que muy de vez en cuando, y mi dieta es básicamente verduras y yogur de mi rancho en *Lechería*; y que no suene a comercial, ¿eh?"

Margarita del Río, sudando por todos los poros de su cuerpo, veía reflejada en el espejo del tocador su cara sin maquillaje; una cara con un rubor intenso como si acabara de salir de un baño de vapor. Se sentía agotada, pues haber bailado más de cuarenta y cinco minutos seguidos - aún a sus veintiocho años- no era juego de niños; y hacerlo todas las noches, menos los lunes - día de descanso -, ya la tenían harta. La gente de la farándula sabía que orquídea era una tirana con todo el mundo; a ella le pagaba una bicoca; y, a pesar de ser casi la más importante de la comedia musical, Margarita jamás podría poner esta chamba en su curriculum. Las únicas ventajas que tenía sobre las demás bailarinas eran: Un camerino -que se comunicaba con el de Orquídea- para ella sola, y su chamba asegurada por lo que durara la obra. Ni siquiera algún día podría publicar el engaño. Sobre la mesa de su tocador, una cabeza de unicel portaba, con cierta dignidad, una peluca rubia y sobre la misma mesa, como tirada al descuido, se hayaba una máscara sonriente en la que, sin dificultad, se podían apreciar las facciones de Orquídea del Valle. Eso era lo que más molestaba a Margarita: Tener que sudar más de los normal por portar "esa pinche máscara de hule" en un baile exhaustivo de cuarenta y cinco minutos todas las noches.